

Está conmigo el Señor en la tribulación

La Navidad es el tiempo del “*Dios con nosotros*”, la presencia del Dios encarnado hecho realidad en la mirada, en la sonrisa de un niño recién nacido. Es la respuesta a tantas preguntas que inquietan el corazón humano. “*Su condición de Niño nos indica además cómo podemos encontrar a Dios y gozar de su presencia. A la luz de la Navidad podemos comprender las palabras de Jesús: «Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 18,3). Quien no ha entendido el misterio de la Navidad, no ha entendido el elemento decisivo de la existencia cristiana. Quien no acoge a Jesús con corazón de niño, no puede entrar en el reino de los cielos*” (Benedicto XVI).

La Navidad no es sólo un paso de Dios para acercarse a nosotros, sino que nosotros también hemos de ponernos -como María- a disposición de esa voluntad de Dios sobre mi vida. Es fácil cuando todo sale bien, pero en los momentos difíciles o de incertidumbre todo se torna más oscuro.

Estos meses de pandemia constituyen unos meses muy difíciles, que no pueden escapar de nuestra oración: los enfermos, sanitarios, los fallecidos y sus familias, la sociedad entera... todos están en nuestras vigilias. Incluso hemos tenido que cambiar de horarios o participar de ellas a través de los medios digitales: ¡pero la oración no ha cesado!

Estos meses las dudas, las preguntas inquietantes, la crisis se apodera de nosotros, de nuestra sociedad. No podemos mirar a otro lado o hacer *como si nada sucediera*: Hemos de volver nuestra mirada a Dios para intentar encontrar aquello que quiere de nosotros en *el hoy en el ahora* de nuestra historia. Para ello nos centraremos en la reflexión de este mes en Job, ¡todo un paradigma de lo que estamos viviendo! Como él, nuestra sociedad vivía sin preocupaciones, feliz. Pero una contracción nos ha dejado a la intemperie, sin soluciones y sin saber qué hacer... por eso su ejemplo se convierte en nuestro mejor modelo, sabiendo que el culmen es siempre Jesucristo. “*Podemos tratar de limitar el sufrimiento, luchar contra él, pero no podemos suprimirlo. Precisamente cuando los hombres, intentando evitar toda dolencia, tratan de alejarse de todo lo que podría significar aflicción, cuando quieren ahorrarse la fatiga y el dolor de la verdad, del amor y del bien, caen en una vida vacía en la que quizás ya no existe el dolor, pero en la que la oscura sensación de la falta de sentido y de la soledad es mucho mayor aún. Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito*” (Benedicto XVI, Spe salvi, 37)

La historia de Job muestra que la paciencia y la fe, conllevan una buena recompensa. Las dificultades de este personaje nos dejan ver las debilidades del hombre y la fragilidad de su existencia. Job lo tenía todo: riquezas, familia y amigos. Y en un instante, esto se esfumó. Luego, tuvo una grave enfermedad hasta quedar en la miseria.

“Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a ella. El Señor me lo dio todo; el Señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que es de su agrado; bendito sea el nombre del Señor”. Estas palabras pronunciadas por Job expresan el mensaje de este libro de la Biblia. Llegamos despojados de cosas materiales y estas cosas no son eternas; lo que sí es eterno es nuestra alma.

Job tuvo momentos de crisis durante los cuales su fe flaqueó; la influencia de los demás con sus críticas y reproches, lo confundían. Todo esto fue una gran prueba que le puso el Señor para probar su fe y hacerle comprender que la vida presenta obstáculos que debemos asumir sin perder la fe.

A través de sus tribulaciones, Job aprende a valorar los bienes eternos de la otra vida y entiende que los bienes terrenales que tenía en la tierra, son efímeros. Esta situación fortalece su fe y lo hace ser más paciente pues no espera tener bienes materiales sino alcanzar la felicidad en el reino de Dios.

Hay que pensar que cuando somos felices, no nos acordamos de Dios ni pensamos que estas alegrías son dadas por él; no le damos gracias, no reconocemos su presencia. Sin embargo, en los momentos de dificultad o cuando llega la desgracia, generalmente lo culpamos, le reprochamos y suplicamos que nos saque de la situación. Algo similar le ocurre a la esposa de Job; por eso él le responde: *“Si recibimos los bienes de la mano de Dios ¿Por qué no recibiremos también los males?”* Con estas palabras Job reconoce el poder de Dios.

Los amigos de Job comienzan a juzgarlo y atribuyen la desgracia a sus pecados. La pregunta es: ¿Los problemas y pruebas que se nos presentan en la vida son un castigo de Dios por nuestros pecados? Esta visión de Dios es la de un ser castigador; desde otra perspectiva, esta historia nos muestra que las pruebas no son un castigo sino la forma en que aprendemos grandes lecciones de vida; así nos fortalecemos como seres humanos y en nuestra relación de fe con Dios.

A veces los factores externos alteran nuestra calidad de vida o nuestras propias acciones provocan desgracia y dolor; por eso no debemos culpar a Dios. Se tiende a responsabilizar a Dios de todos los males y a vanagloriarse de sí mismo por los triunfos obtenidos, negando que la esencia de Dios es el amor; que todo lo que él quiere brindarnos es bienestar y que todo lo bueno, viene de él.

Descubrimos en la oración que la paciencia es un valor que debemos cultivar, especialmente en los momentos difíciles. Es necesario comprender que la vida no es plana, que por el contrario, puede ser impredecible. Esa es su esencia y esa la forma por medio de la cual aprendemos y maduramos con el tiempo. Nos transformamos en nuestro paso por el mundo, como lo experimentó Job. Este personaje supo ofrecer la fragilidad de su condición a Dios y hacerse humilde reconociendo que era un simple ser humano frente a Él. Dios le dio mayor fortaleza hasta sacarlo de sus tribulaciones y premiarlo por su paciencia.

En el último capítulo, Job entiende la razón de sus pruebas, al decir: *“Ya, Señor, te conocía de oídas; pero ahora parece que te veo con mis propios ojos,”* enfatizando que todo su dolor lo ayudó a conocer más de Dios.